

EL LADO OSCURO DE LA LUZ

LA FASCINACIÓN Y EL DESLUMBRAMIENTO SON FORMAS DE NO-VER, DE AUTO-ENCANDILARSE PARA NO VER LO QUE LA LUZ NOS PUEDE MOSTRAR. EL FENÓMENO DE LA LUZ, TAL Y COMO LO CONOCEMOS, COMO EL MEDIO POSIBLE QUE PERMITE VER EL MUNDO QUE VIVIMOS ES AQUÍ, Y PARADÓJICAMENTE, LO QUE AL MISMO TIEMPO, PUEDE IMPEDIR HACERLO.

Para qué preocuparse por la luz o la ausencia de ella si de todos modos la oscuridad absoluta nos va a dejar a ciegas, y el total alumbramiento, también nos va a enceguecer. Ya sea con luz o con oscuridad, lo que se impone en cualquiera de las dos modalidades es la imposibilidad para ver, y en ninguno de los dos casos el exceso nos permitirá abrir los ojos o despertar.



¿Es Lucifer el príncipe de la luz o el príncipe de las tinieblas?

Podemos reconocer dos formas de ceguera: una por *encandilación* (exceso de luz), y otra por *oscurecimiento* (falta de luz). En Occidente, la tan nombrada “Iluminación” es el ejemplo exacto de la primera ceguera, siendo la “A-lucinación” (la no-luz) el ejemplo de la segunda.

La misma vehemencia con que iluminamos los senderos de la razón y de la verdad es la que nos termina conduciéndonos ciegamente hacia la necedad y la mentira. Podría decir que cuando finalmente desperté y vi que “la luz de la razón provenía del mismo fuego que enciende y enardece la pasión ciega y desbordante” comprendí que la *intensidad* de la llama era la misma que graduaba la posibilidad de Ver. Y si la *tenuidad* de la penumbra es la que deja a la visión en tinieblas, la vigorosidad de la incandescencia será la que la obnubile. El frenesí que encendían las tres primeras letras de mi nombre también encerraba la ignorancia que terminó devorándome la razón, y hundiéndola en la ciénaga del delirio.

Ahora existía la posibilidad concreta de hacerme de fama, fortuna y renombre, como siempre había soñado, pero para ello debí pagarlo con la sangre de mi único maestro. Si bien la estampa de su genio ya ha desaparecido, aún vive en mí el brillante espíritu de su enseñanza. La misma enseñanza que me permitió reconocer lo que soy y lo que no soy. En definitiva: las letras de mi propio nombre.

En los albores de nuestra cultura occidental podemos ver cómo desde Platón hasta el siglo XVIII los grandes pensadores han venido desarrollando la tradición de este ambivalente concepto de la luz. Para Platón, por ejemplo, la luz representa la sabiduría. Él decía que a pesar de que tengamos una visión perfecta y haya objetos a la vista, sin sol, no podremos ver nada. Y es verdad. Hace falta la luz para que los ojos y los objetos existan, porque no creamos que baste solamente con tener ojos sanos para poder ver. El refrán dice: “El que tenga ojos que vea...”. En este nivel de existencia física se da cierta analogía entre el sol, la luz y los ojos, y hay otra que relaciona a las imágenes con los objetos, pero en el plano intelectual, la inteligencia estaría equiparada a los ojos y a lo inteligible, es decir, a las ideas y a los conceptos; pues “el bien platónico” viene a captar su esencia. Por ejemplo, no alcanza con la sensibilidad de las papilas gustativas para descubrir el saber en el sabor. Sin la idea del “buen gusto”, desarrollada sólo por el sabio o filósofo (*sofós*) no sería posible acceder a este saber.

Para Platón la idea del Bien viene a iluminar a los hombres tanto como el sol, y a suplir, por ende, su función simbólicamente. Si yo conozco “lo bueno” de cada cosa o de cada sustancia puedo realmente “verla” en su esencia tal y como es. Utilizamos la metáfora del ver de los ojos para poder captar estas esencias, que son las cosas mismas, aunque en realidad no las captemos sino con “los ojos de la mente” (la inteligencia). De aquí que comúnmente se hable de “intuición” en el sentido de que uno tiene una *visión*, justamente porque en latín, *intueor* (intuición) significa “ver”.

En esta visión platónica, El Bien no es exclusivo de la moral cristiana sino que, filosóficamente hablando, permite “el conocimiento de las esencias”. Como dijimos antes, hablamos de un “buen hombre”, una “buena cosecha”, un “buen caballo” o un “buen vino”, y esto no tiene que ver con la moral, sino con lo que hace a la esencia del ser como tal.

Desde los albores de nuestra cultura el hombre ha venido desarrollado una tradición filosófica exclusivamente racionalista, sin embargo es el Logos de los antiguos chinos el que ha llegado hasta Occidente de la mano de Heráclito. Todo esto desemboca en el siglo XVIII, el conocido “Siglo de las Luces” tan bien llamado “Iluminismo”, justamente porque la idea era que todo debía conocerse a través de *la luz* de la razón. Pero contraponiéndose a esto, aquella época que precedió al siglo de las luces, no podía ser sino una edad de gran “oscuridad” representada -como no podía ser de otra forma- por la ausencia de la razón y el pensamiento científico.

Cuando los primeros pensadores griegos comenzaron a estudiar los conceptos filosóficos que llegaban de la mano de sus propios maestros orientales, desde el otro lado del mundo que recorrían y visitaban, ignoraban que en vez de traducir la enseñanza de sus maestros la estaban, lisa y llanamente, “traicionando”. Esto dio lugar a que floreciera posteriormente el pensamiento religioso en nuestra cultura. El mismo Cristo, por ejemplo, aparece en Occidente como el perfecto equivalente espiritual de Buda, en Oriente. La distancia geográfica que hubo entre uno y otro no existió conceptualmente hablando, pues los fundamentos de sus ideas y doctrinas estuvieron siempre sorprendentemente cerca.

Las diferencias en el pensamiento de estos dos grandes referentes de la espiritualidad ha sido tan grande que, la única manera que tuvo Occidente de entender el sentido que Buda le había dado al concepto de “Iluminación” fue traduciéndolo como una forma de “Alucinación”. Seguramente ha sido esto partiendo del hecho de que la luz, no sólo tiene la capacidad de iluminar sino también la capacidad de enceguecer, de allí que se entienda la posibilidad de que Occidente haya traducido la iluminación como una forma de ceguera. Esta ambigüedad subyacente en la concepción misma del término ha servido para traicionar la esencia del concepto “*lux*”, el cual tiene como genitivo *lucis*, y corresponde a la “i-luminación”, la que a su vez es una consecuencia directa de la traducción “a-*luci*-nación”, o sea, algo así como “estar privado de la misma luz que me ilumina”.

Todo el trabajo que se ha hecho para poder *adaptar* los conceptos más importantes en los que se sostiene el andamiaje filosófico de las antiguas tradiciones orientales al modo de pensar que hay hoy en Occidente ha conducido irremediamente a una deformación conceptual sin precedentes, la misma que ha hecho de la *iluminación* una forma de “a-lucinar” (sin iluminación), que a la vez es “no-lucidez”. Tal vez sea este el motivo por el que la cultura Occidental no ha dado Iluminados, como ocurre en Oriente, sino, paradójicamente, sólo seres que –por la misma luz de la razón- han sido, por ella, Alucinados.

Después de tantos años de estudiar profundamente a los antiguos pensadores griegos y a pesar de haberse depurado intelectualmente de todos ellos, a través de sus propias investigaciones, era evidente que un resto de la filosofía platónica nos ha quedado atorado en la cabeza: la idea primera y fundamental: La idea de “El Bien”. “El Bien Supremo”.

Como buenos occidentales podríamos preguntarnos, ¿qué es esto de ser un “buen hombre”, de beber un “buen vino”, de montar un “buen caballo” o, incluso, esto de ser “un buen occidental”? Aún despojándonos de todo viso de prejuicio y luchando por no renegar contra los límites que nos impone nuestra moral cristiana y todo aquello de las “buenas costumbres”, en el fondo, según parece, no queremos ser otra cosa que un “buen hombre”, que beber un “buen vino”, que montar un “buen caballo”, porque, por supuesto, estas son cosas que debería hacer un “buen occidental”.

HUGO CUCCARESE